

no sólo á las potencias occidentales, sino también á los deseos de su propio pueblo (1)!

Mucho antes de que Austria se viera solicitada del modo que hemos visto para aproximarse á Rusia, los mensajes de París y de Londres la habían invitado á lo contrario, es decir, á asociarse para formular una segunda amonestación. Después de muchos proyectos, gestiones previas é idas y venidas, los tres gobiernos concertaron el plan de su nueva acción común, conviniendo en resumir sus reclamaciones en favor de Polonia en seis puntos principales, que se redactaron primeramente en Viena y fueron luego ligeramente modificados en París y en Londres. Estos seis puntos eran: una amnistía general y completa; el establecimiento de una representación nacional; una administración aparte compuesta de polacos; la libertad de conciencia de modo que pudiera ejercerse sin obstáculo alguno el culto católico; el reconocimiento de la lengua polaca como idioma oficial, con exclusión de otra cualquiera; y un sistema de reclutamiento regular. Si Rusia aceptaba estos puntos de vista generales, podrían entablarse negociaciones entre las ocho potencias signatarias del acta de Viena y se podría determinar sobre tales bases la suerte futura del reino. Y como los sentimientos humanitarios y la razón misma no podían consentir que continuara la efusión de sangre durante las negociaciones, se invitó al zar á proclamar una pacificación provisional, fundada en la subsistencia del *statu quo* militar, que sería una especie de tregua obligatoria para las dos partes beligerantes. Los despachos en que se formulaba este programa partieron el 17 de junio de París y de Londres, y el 18 de Viena: con ellos comenzaba el segundo acto de la campaña diplomática. Aquella política era en sí misma bastante audaz, porque los príncipes que están dispuestos á desenvainar la espada no suelen empezar por otras reclamaciones; pero era además, bajo otros conceptos, en extremo débil, porque una de las tres potencias no se cansaba de decir que las armas que enseñaba nunca se cargarían: «Polonia puede contar con nuevas simpatías, no con nuestra ayuda material», había dicho lord Palmerston en un discurso pronunciado en Edimburgo. «Sentiría que Polonia pudiese creer que Inglaterra está dispuesta á tomar parte en la lucha», había añadido lord Russell en el Parlamento; y en 8 de junio había repetido en la Cámara de los lóres: «Protesto de antemano contra toda apelación á la fuerza (2).» Esta era la Gran Bretaña. En cuanto al Austria, habría roto con todas sus tradiciones de prudencia si, para resucitar á un pueblo oprimido cuyos despojos compartiera en otro tiempo, hubiese ofrecido su desguarnecida frontera como blanco á los ataques de un vecino poderoso. Quedaba, pues, únicamente Francia, pero completamente sola y que estaba demasiado lejos, como decían los polacos, obstinados, en aquel mismo entonces, en luchar y morir.

La respuesta del canciller se hizo esperar y en el entretanto presenciándose en Polonia todo lo que tiene de más horrible la guerra, todo lo que las represiones militares tienen de más implacable. Al sublevarse la Li-

tuania, fué enviado allí un nuevo gobernador, el general Murawieff, que bien pronto se conquistó una sinistra celebridad. Los prisioneros fueron en muchas ocasiones asesinados; varios reglamentos cruelmente minuciosos impusieron la delación, proscribieron las simpatías y envolvieron en una misma sospecha á los propietarios que, sin autorización, se alejaban de sus haciendas, á las mujeres que se vestían de luto y á los sacerdotes que se empeñaban en no ver en los rebeldes más que hermanos; las penas fueron la prisión, el destierro, la confiscación, la deportación y la muerte; y considerándose buenos todos los medios para vencer la rebelión, excitóse á los aldeanos contra los señores con la perspectiva de verse asociados á los beneficios de la expoliación. Exasperados á su vez los polacos, con demasiada frecuencia no daban cuartel y á los excesos contestaban con otros excesos. Todos los correos llevaban á París y á Londres, en lugar de la esperada respuesta, los relatos de aquella lucha implacable, con lo que poco á poco se iban desvaneciendo las probabilidades de una pacificación, porque ¿cómo había de ser posible, estando tan enconados los ánimos, mover á los unos á que prometieran el perdón y á los otros á que lo aceptaran? Al fin, en 13 de julio, Gortschakoff se decidió á hablar: el canciller ruso rechazaba toda «pacificación provisional», todo armisticio, por ser los polacos, no enemigos, sino rebeldes; y en cuanto á los seis puntos, no daba explicación alguna, y sin entretenerse en admitirlos ni en refutarlos, limitábase á repetir lo que cien veces había dicho, á saber, que los estímulos dados á los insurrectos eran la principal causa de que se prolongara la insurrección. Respecto del proyecto de una conferencia, lo rechazaba perentoriamente como una ingerencia intolerable en los asuntos de su país. Y al llegar á este punto de su despacho, Gortschakoff variaba repentinamente de rumbo y formulaba la más extraña, la más inesperada contraproposición. Ya hemos explicado sus esfuerzos para apartar al Austria de la alianza occidental. Aunque su tentativa había fracasado, quiso repetirla, y si hemos de dar crédito á testimonios autorizados, el Sr. de Balabine, embajador ruso en Viena, engañado sin duda ó haciéndose ilusiones sobre este particular, había transmitido á su gobierno informes favorables, según los cuales Austria estaba dispuesta á ponerse de acuerdo con Prusia y Rusia en la cuestión de Polonia. ¿Sintióse Gortschakoff animado por tales seguridades? Lo cierto es que, viendo de pronto claro en el asunto, consideraba que una inteligencia limitada sería tan conveniente como inconveniente habría sido una avenencia general; y casi al final de su despacho volvía sobre la conferencia que antes rechazara y que luego aceptaba, si bien excluyendo de ella primero á Francia, á Inglaterra después y, por último, á todos los Estados secundarios que habían intervenido en el acta de Viena. Una vez hechas estas eliminaciones, las tres potencias copartícipes quedarían solas para deliberar en común. Tal era la conclusión del canciller; y como á la Europa liberal hábale conmovido la suerte de Polonia, proponía con irónica tranquilidad que la misión de asegurar la felicidad futura de aquel pueblo se confiara únicamente á aquellos que antiguamente se habían repartido sus despojos.

El quite era de un maestro, pero de un maestro que,

(1) Véase Enrique de Sybel, *Die Begründung des deutschen Reiches*, tomo II, págs. 533 y siguientes.

(2) *Parliamentary Debates*, tomo CLXX, pág. 1385, y tomo CLXXI, pág. 488.

cediendo al placer de afinar sus estocadas, olvidaba un tanto las leyes de la prudencia. El señor duque de Montebello, que había ido á Tsarkoe-Selo y oído allí tan extraña doctrina, no ocultó su sorpresa: «He aquí una cosa que nadie habría imaginado,» dijo á su colega de Inglaterra cuando salían de la audiencia del canciller. Tampoco disimuló su irritación ni su inquietud: «En mi país, dijo, esta combinación será considerada no sólo como poco satisfactoria, sino como casi insultante, y temo que determine una ruptura positiva é inmediata.» Lord Napier opinaba lo mismo, pero mostraba mayor calma, porque Francia, que tanto había tardado en asociarse á Inglaterra, ahora tendía á ir más lejos que ella. Los dos embajadores, después de haber conferenciado, resolvieron visitar de nuevo al día siguiente á Gortschakoff á fin de obtener de él alguna aclaración que suavizara aquella respuesta altanera y permitiese hacerla pública en forma menos dura. La entrevista fué acalorada y en ella hubo frases no exentas de aspereza. «La réplica de Rusia, hicieron observar los diplomáticos, será juzgada como un simple medio de ganar tiempo y de apartar al Austria del lado de Francia y de Inglaterra... A lo menos, ¿cuál será la forma de esta deliberación de tres? ¿Los resultados de la misma serán sometidos á las potencias occidentales?—Les serán comunicados,» respondió Gortschakoff, añadiendo que la base de la discusión serían los seis puntos. Por lo demás, reivindicó con altivez la independencia de los copartícipes y persistió en rechazar toda intervención de Francia y de Inglaterra. En este tono bien poco amistoso terminó la entrevista (1).

Hubo entonces un momento de verdadera crisis. Reinaba la agitación en el público y la perplejidad en las esferas oficiales; *Le Siècle* pedía que se acudiera á un plebiscito para decidir acerca del asunto de la intervención (2); y lord Malmesbury, en la Cámara de los pares, proponía que Inglaterra tratase al zar como había tratado en otro tiempo al rey de Nápoles y demostrara su aprobación llamando á su embajador (3). El gobierno francés había vacilado durante mucho tiempo y cruelmente antes de iniciar las amonestaciones; pero una vez puesto en este camino, causábale cierta confusión el detenerse á la mitad. Ya el 20 de junio, en previsión de una respuesta desfavorable de Rusia, había propuesto á sus aliados que se trazaran de antemano su línea de conducta, y en 29 de julio, cuando se supo la réplica de Gortschakoff, concibió la idea de una *nota colectiva*, que sería una nueva etapa en la vía que conducía de la súplica á la amenaza y quizás también (¿quién habría podido afirmar lo contrario?) de la amenaza á la acción. Así las cosas, la Gran Bretaña se retiró; en cuanto al Austria, siguió el ejemplo de Inglaterra, aunque no sin haber demostrado antes mayor firmeza que ésta: así, á lo menos, lo reconoció el señor Drouyn de Lhuys en un despacho al Sr. de Gramont, en el que decía: «Me complazco en hacer constar que nuestras razones han sido perfectamente comprendidas en Viena, y considero como un deber el confesar que

(1) *Further correspondence respecting the insurrection in Poland*, parte V, págs. 1-2.

(2) *Le Siècle*, 21 de julio.

(3) Sesión de 24 de julio de 1863 (*Parliamentary Debates*, tomo CLXXII, pág. 1353).

no ha dependido del gobierno austriaco la no adopción de nuestras proposiciones (4).»

En defecto de medidas más enérgicas, ¿se emprendería una tercera campaña diplomática después del completo fracaso de las dos anteriores? Parece que una política sana debía aconsejar que no se prolongaran aquellas reclamaciones semi-conciliadoras, semi-conminatorias, que no tenían la autoridad de la fuerza ni tampoco la de la súplica; pero los aliados (si es que todavía puede llamarse alianza lo que no era más que un acuerdo de palabras) no se resignaron con un silencio que habría parecido la confesión de una derrota moral, así es que á principios de agosto salieron de París, de Londres y de Viena nuevas amonestaciones. Todo cuanto podía invocarse en favor de la justicia y de la humanidad, lo dijo el Sr. Drouyn de Lhuys en esa lengua francesa que sabe mejor que ninguna otra hacerse intérprete de los intereses generales del mundo y da mayor transparencia á la evidencia del derecho: habló con triste sorpresa de la reciente respuesta rusa; afirmó, aunque sin emplear ninguna palabra provocadora, el carácter nacional del movimiento polaco; rechazó, en nombre de su gobierno, todo reproche de complicidad con la insurrección, y reprodujo algunos consejos, aunque sin expresar la esperanza de que fuesen escuchados. Al través de las amonestaciones descubriéndose aún algunas fórmulas afectuosas, tristes restos de una amistad que caía hecha pedazos. Al final, el ministro francés declaraba, con gravedad solemne, «que Rusia sería responsable de todas las consecuencias que pudiera traer consigo la prolongación de los disturbios de Polonia.» Aquel hermoso alegato no tenía más que un inconveniente, haber sido repetido en vano en dos ocasiones.

También esta vez sonarían aquellas palabras en oídos indiferentes. Alejandro, apoyado en lo que denominaba su derecho soberano, no tenía ninguna gana de declinar aquella responsabilidad que Francia invocaba; y como atribuía á los estímulos de Europa la larga duración de la guerra civil, estaba dispuesto más bien á denunciar á las potencias que á seguir su parecer. Todo le fortalecía en su resistencia: las sugerencias del antiguo partido moscovita que pedía la guerra hasta el último extremo; las excitaciones de la lucha que hacían perder toda sangre fría á los dos contendientes, y la proximidad de la mala estación que, cubriendo el Báltico de hielos y la Polonia de escarchas, había de hacer á Rusia invulnerable y había de privar á los rebeldes de sus mejores refugios. Gortschakoff consultó la opinión de su soberano y, después de haber calculado todas las ventajas que estaban de su parte, estimó superfluos todos los razonamientos y se limitó á oponer á la tercera amonestación de Europa una lacónica declinatoria, en la que decía simplemente que el zar era el mejor amigo de Polonia y que se sentía bastante fuerte teniendo en su favor á Dios, su conciencia y sus pensamientos. En estos términos estaba concebida la última circular rusa, que salió de San Petersburgo el 7 de septiembre. «No son las tres potencias, decía *La Presse* de Viena; es Rusia la que pone fin á la discusión; es el acusado quien interrumpe los debates é impone silencio al acusador.»

(4) *Documents diplomatiques*, 1865, pág. 52.

V

La misión de la diplomacia parecía terminada, y consumada también la desgracia de Polonia. Sin embargo, subsistía en Europa un pesar producido por el resultado deplorable de aquella tentativa de intervención, tan temeraria y tan tímida, tan solemne y tan vana. De aquí nacieron dos proyectos ó dos esbozos de proyectos cuyo objeto había de ser no tanto socorrer á la nación infortunada como disimular lo que el reciente fracaso había tenido de mortificante.

Los inspiradores del primer proyecto fueron los mismos polacos: quejábanse éstos, desde los comienzos de

que tal declaración sería el prefacio de la guerra, y como no tenía garantía alguna, á lo menos de la Gran Bretaña, guardó un prudente silencio que ya no había de abandonar. El *Foreign Office* meditó un despacho amenazador y hasta llegó á borronearlo; mas, templados por la reflexión los primeros entusiasmos, cambiósela redacción primeramente esbozada por otra más suave; y cuando al cabo de algunos meses la oposición quiso interpelar en la Cámara de los comunes al ministerio sobre aquel incidente, lord Palmerston se limitó á contestar, en tono de burla, que tan poco responsable era de sus borradores como de sus pensamientos (1). Francia, pues, volvió á quedarse sola.



El conde Federico Fernando de Beust, canciller de Austria

la insurrección, de que les fueran confiscadas en las fronteras sus armas y sus municiones y añadían: «¡Cuánto mejoraría nuestra condición precaria si se nos reconociera como beligerantes!» El comité nacional dirigió al príncipe Ladislao Czartorisky una memoria redactada en este sentido, que fué publicada en *El Monitor* de 22 de septiembre; esta publicación, que era una señal muy digna de observarse del estado de los ánimos, causó gran sensación y nadie titubeó en considerarla como un acto de represalias contra el príncipe Gortschakoff. ¿Seguiría á aquella insignificante venganza otra más ruidosa? Cuatro días después lord John Russell, que se encontraba veraneando en Blairgowrie, pronunció allí un discurso en el que, sin dejar de rechazar la guerra, pronunció palabras que no podían ser consideradas como de paz. El ministro inglés desenvolvió la tesis de que los derechos de Rusia sobre Polonia se derivaban del tratado de Viena y habían sido consagrados mediante ciertas condiciones; y como éstas habían quedado incumplidas, aquéllos perdían toda su eficacia, con lo cual reconocía implícitamente á los polacos todos los derechos de los beligerantes. Durante unos días pareció que las cortes de París y Londres estaban dispuestas á dar el paso decisivo; pero Austria, cuya frontera estaba completamente abierta por el lado de Rusia, presentía

El segundo proyecto emanó directamente de Napoleón, quien, al inaugurar en 5 de noviembre de 1863 las tareas legislativas, después de haber hablado de los asuntos interiores y de la cuestión de México, abordó la cuestión polaca que, según dijo, «exigía mayores desenvolvimientos.» Habló en términos conmovidos y hasta con gratitud de sus relaciones cordiales con el emperador Alejandro y lamentó que el interés de una causa simpática á Francia le hubiese obligado á comprometer «una de las primeras alianzas del Continente.» Explicó luego á grandes rasgos la historia de las recientes negociaciones y añadió con acento de tristeza: «Nuestros consejos desinteresados han sido considerados como una intimidación; nuestras gestiones, en vez de detener la lucha, no han hecho más que encontrarla; y por ambas partes se cometen excesos que deben ser deplorados en nombre de la humanidad.» Y después de haberse expresado en esta forma, planteó francamente la cuestión que estaba en el fondo de todas las conciencias: «¿Estamos reducidos á la única alternativa de la guerra ó del silencio? No,» respondió resueltamente el soberano. El resto del discurso fué una am-

(1) Cámara de los comunes, 12 de febrero de 1864 (*Parliamentary debates, third series*, tomo CLXXIII, pág. 740).